

XII

Expectativa. — Conferencia de O'Donnell
y de Muley-el-Abbas. — Retrato de éste.

Día 17 de Febrero.

Los Parlamentarios se marcharon esta mañana á las diez.

Llevan un plazo de ocho días para contestar á las *Condiciones de paz* que se les han entregado.

Ellos han prometido estar aquí el jueves próximo.

Entretanto, el general O'Donnell sigue preparándolo todo para emprender, en caso necesario, una segunda campaña, que consistirá en la toma de Tánger.

Hácense, pues, grandes aprestos de víveres y municiones; *espéranse* los Tercios Vascongados, que ya deben de llegar de un momento á otro; danse órdenes para que aceleren su embarque los nuevos Batallones que se hallan dispuestos en el litoral de Andalucía; repáranse las fortificaciones de *Tetuán*; practícanse reconocimientos por las llanuras y los montes de Poniente, y arréglanse algunos pasos del nuevo camino, á fin de que pueda atravesarlos la Artillería; hase mandado á Orán por camellos, y á la Península por mulas, á fin de aumentar extraordinariamente el número de acémilas que se necesitan para tan importante marcha; todo, en fin, se prepara como al principio de la Guerra...

¿Y para qué? ¿Peclaremos, como hasta ahora, por el desagravio de nuestras ofensas, por la gloria de nuestras armas, por el crédito de nuestra Nación, por humillar el orgullo sarraceno?

¿Será, en fin, una guerra por el honor de España?

¡No! ¿Será una guerra por la posesión de *Tetuán*!

¡Valiente vellocino de oro!

Día 18.

Viene la Duquesa de Tetuán á saludar á su invicto esposo, y se aloja en el palacio de Erzini el mayor.

Acompañan á la animosa viajera el general Ustáriz y algunos hombres políticos.

El Ejército recibe á su ilustre huésped con tanto respeto y agasajo como admiración y cariño profesa al victorioso Capitán que ha coronado de gloria nuestros estandartes.

Día 20.

El simpático Aben-Abu, el General de Caballería mora, se ha presentado esta tarde en nuestro Campamento, caballero en una magnífica mula, ensillada con rica montura de terciopelo carmesí, y seguido de cuatro Moros de Rey.

Esta inesperada visita nos ha sorprendido mucho.

Viene á pedir que se prorrogue el plazo de ocho días que se le concedió á Muley-el-Abbas para aceptar ó desechar nuestras condiciones de paz; pues el Príncipe las ha encontrado tan graves, que no se ha atrevido á resolver nada por sí mismo, y las ha trasladado al Emperador.—Es decir, que la prórroga que solicita es el tiempo necesario para que pueda ir y volver un correo á Mequínez.

O'Donnell la ha negado rotundamente.

Sin duda teme, ó le han inducido á temer, que estas idas y venidas de los Moros no sean más que pretextos para ganar tiempo y reorganizar sus fuerzas...

El recelo no parece fundado, pero O'Donnell ha hecho bien.

Por lo demás, Aben-Abu, *al tiempo de irse*, ha indicado, si bien extraoficialmente, y no al general O'Donnell, sino al general Ríos, que Muley-el-Abbas tendría sumo placer en hablar con el *Gran Cristiano* en algún sitio que no fuese *Tetuán*.

—¿Crees tú (le ha preguntado Ríos) que eso sería de alguna utilidad para las dos naciones?

—Sí, lo creo; pues Muley-el-Abbas no acudiría á esa conferencia movido por una vana curiosidad, sino para ver de transigir este pleito, que ya no consiste en nada, y que, sin embargo, nos va á costar todavía mares de sangre.

—Pues si Muley-el-Abbas pide esa conferencia, yo no dudo que el general O'Donnell se la concederá con mucho gusto.

—Yo lo arreglaré todo—ha dicho el Africano, encaramándose en su mula y tomando el camino del *Pondak*.

Día 23.

Hoy se ha verificado la anunciada entrevista de O'Donnell y Muley-el-Abbas.

El pintoresco y grandioso cuadro que ha presentado tan solemne escena, termina dignamente la galería de los que constituyen la historia de nuestra romántica campaña; galería en que ocupan lugares preferentes el embarco del Tercer Cuerpo de Ejército en el puerto de Málaga;—la Batalla de los *Castillejos*;—la Gran Parada después del combate del día del príncipe Alfonso; las cargas de Caballería del 31 de Enero;—la Misa solemne del día de la Candelaria, seguida del Consejo de Generales;—la batalla de *Tetuán* y toma de los Campamentos,—y la entrada de nuestro Ejército en la ciudad rendida.

La novedad del espectáculo de hoy; la desco-

noeida llanura en que estábamos; la trascendencia de lo que allí sucedía; la hermosura de la Naturaleza; el poético aspecto del Ejército moro; la noble figura del Príncipe vencido; las brillantes escoltas de ambos Generales en Jefe; la solitaria tienda en que la entrevista se verificaba, todo ha contribuído á realzar y embellecer este supremo acto, que la historia recordará eternamente.

He aquí ahora su detallada descripción.

Esta mañana, á eso de las doce, llegó Aben-Abu, y manifestó al general O'Donnell que el príncipe Muley-el-Abbas deseaba tener una conferencia con él, pero que, no creyendo decoroso penetrar en una ciudad que había perdido, lo estaba esperando en el *Puente de Buceja*, á menos de una legua de esta Plaza, donde había hecho plantar una tienda, que le suplicaba honrase por una hora.

El *Puente de Buceja* se halla situado legua y media más acá del Campamento moro; por consiguiente, Muley-el-Abbas había tenido que hacer una marcha casi doble de la que pedía á nuestro Caudillo.—Accedió, pues, éste á su demanda, y montó á caballo inmediatamente, seguido de los generales García, Ríos, Prim, Ustáriz y Quesada, y de un numeroso Estado Mayor.

Preguntóle á Aben-Abu cuántas fuerzas acompañaban al Emir; y sabedor de que había traído mil Moros entre infantes y jinetes, tomó, al pasar por el Campamento de Caballería, un Escuadrón de *Coraceros del Príncipe*, esto es, menos de cien hombres.—El Cuartel-General y la Escolta de los Generales compondrían otros cien jinetes.

Así emprendimos la marcha.

El camino era muy dificultoso; pues, limitado de una parte por el *Guad-el-Jelú*, y de la otra por los montes de Samsa, se deslizaba trabajosa-

mente, de barranco en barranco, sobre hondos lodazales ó peladas guijas.

Anoche había llovido, pero á la hora de nuestra caminata hacía un tiempo inmejorable. El Sol bañaba de pura luz un despejado cielo, sin producir por eso excesivo calor. La verde alfombra de los prados, así como los árboles, que empiezan ya á cubrirse de hojas, lavados por la reciente lluvia, brillaban como esmeraldas. Las montañas más remotas se destacaban en el azul del firmamento con perfiles tan limpios y puros, que hacían entrever á la imaginación los horizontes que se escondían detrás de ellas. Era, en fin, una mañana de Febrero tan hermosa como la mejor mañana de Mayo de nuestras provincias septentrionales.

Desembocamos, al fin, en el valle fecundado por el *Buceja*, y, una vez en él, ofrecióse á nuestros ojos el más interesante espectáculo que hemos contemplado en esta Campaña.

Erase una redonda y dilatada llanura, perfectamente lisa, tapizada de verdes trigos, cerrada en todas direcciones por colinas y montes, uno de los cuales, tapado por cierto número de árboles frondosísimos, se levantaba al cielo tan súbita y atrevidamente, que parecía una gran pirámide.

Al pie de ella se veía una tienda sola, aislada, blanca como la nieve, y adornada con algunas labores de color azul turquí.—Aseméjase á enorme paloma que descansaba de su vuelo.

Como á quinientos pasos, y por el lado de Poniente, percibíase un apretado cordón de tropas árabes, coronando ó festoneando los visos ú oteros de las suaves colinas que limitaban allí el horizonte. Destacábanse, pues, en el cielo con limpios perfiles las bellas figuras de infantes y jinetes, mientras que el Sol hacía relucir las armas y resaltar los vivos colores de tantos y tan-

tos estandartes y banderines, unos azules, otros blancos, otros encarnados, otros verdes y otros amarillos, como ondeaban sobre aquella vistosísima hueste.

Con ayuda de los anteojos apreciábamos muchos pormenores.—La primera fila se componía de peones, sentados en el suelo; los abanderados estaban de pie; por encima de éstos aparecían algunos caballeros enhiestos en las sillas; y, en otro lado, se distinguía la gallarda silueta de varios caballos sin jinete, sujetos de la brida por esclavos, tendidos boca abajo sobre la hierba.— ¡Soberana composición! ¡El más inspirado artista no hubiera colocado mejor aquella gente en un teatro!

Dicho sea en verdad, no pasarían de mil hombres los que allí había; pero, al ver tantas banderas entre ellos, tan varias vestimentas y tan diferentes tipos y actitudes, aquella inmóvil muchedumbre, asomada (nada más que *asomada*) á la llanura, parecía la cabeza y Estado Mayor de numerosísimo Ejército que se dilatara al lado allá de aquellos visos, poblando el llano de Wad-Rás y las eminencias sucesivas...

Nuestra reducida escolta de Coraceros formó una densa y reducida columna en medio de la despejada planicie, quedando en orden de batalla, frente por frente de la línea marroquí, y á igual distancia que ésta de la solitaria tienda de Muley-el-Abbas.

Al hacer alto los nuestros, destacáronse de las filas mahometanas seis jinetes, viniendo rápidamente hacia nosotros...

Al mismo tiempo avanzaron hacia ellos otros seis caballeros nuestros, del Estado Mayor de O'Donnell, yendo á su frente el general Ustáriz.

Conferenciaron brevemente ambas comisiones, y volvieron á sus respectivos campos.

Un momento después dirigióse á la tienda, á

todo el correr de sus caballos, y trazando una línea diagonal sobre la llanura, una lucida calbargata, compuesta de treinta arrogantes Moros.

Adelantado un poco á ellos iba uno de imponente figura, blanquísimas ropas y voluminoso turbante...

Sin duda era el Príncipe...

¡El era!

O'Donnell corrió también en la misma dirección, seguido solamente de los cinco Generales que lo acompañaban, del Alcalde de *Tetuán*, del intérprete Aníbal Rinaldy y de mi pobre persona.

Cerca ya uno de otro, los dos caudillos se saludaron, corriendo como iban...

Luego echaron pie á tierra y se dieron las manos.

En seguida se dirigieron á la tienda, que estaba abierta hacia nuestro campo, y penetraron en ella, entre mutuas señales de respeto y cortesía.

Con Muley-el-Abbas entraron tres Moros, que eran nuestro amigo *Aben-Abu*, á quien ya conocéis; el famoso *Sidi-Mahommed-el-Jetib*, primer ministro del Sultán, y un tal *Ezzebbí*, hombre de gran travesura y mucho talento, *muy malo*, según la opinión de algunos Marroquíes que nos han hablado de él, pero gran amigo del Emperador, á cuyo *Diván* también pertenece y á quien acompaña oficialmente en todos sus viajes.— Tanto el *Jetib* como *Ezzebbí* son de avanzada edad.

Con O'Donnell, sólo entró en la tienda el intérprete Rinaldy.

(Tened paciencia, que ya os describiré á Muley-el-Abbas antes de que se marche.)

A la puerta de la tienda, pero fuera de ella, estaba aquel joven *Lugariente*, ó *Segundo* del Emir, que ya conocemos...

Nuestros Generales se habían sentado algo más lejos, en sillas de campaña, ó sea de tijera, llevadas, como las que había dentro de la tienda, del Campamento del general Prim.

Los demás acompañantes del Príncipe eran diez y seis jefes, de categoría análoga á la nuestra de *coronel*.—Aquellos diez y seis señores coroneles se habían sentado en el suelo detrás de la tienda, formando fila.—Casi todos eran hombres de cincuenta á sesenta años, de fisonomía dura y continente feroz.—Los había blancos, negros y mulatos.—Cada cual vestía á su manera, pero todos con lujo y severidad.

Nuestros caballos y los de esta gente eran tenidos del diestro por varios negros, que confesaron ser *esclavos*, los cuales, acurrucados en el suelo y empuñando cada uno muchas bridas españolas ó africanas, miraban de hito en hito, frente á frente, ó, por mejor decir, de abajo arriba, á los sosegados animales, que, á semejanza de sus dueños, se veían juntos y en santa paz por primera vez, después de haberse perseguido y hostilizado muchas otras en las batallas...

Nada más pintoresco desde el punto de vista artístico, ni nada más interesante mirado por el lado histórico, que aquellos caprichosos grupos de gentes de tan apartados países; que aquella tienda, en que se decidía la suerte de dos Pueblos; que aquellas masas de soldados, que tantas veces se habían combatido y que ahora se contemplaban sin susto ni recelo.

El silencio era profundísimo.—La Naturaleza y los hombres parecían atentos á la grave conversación que ya había principiado.

La verdad es que yo la oí toda.—Hallábame á tres pasos de la tienda, y, á través del indiscreto lienzo, llegaban á mis oídos, finos de suyo, las severas palabras de nuestro General y las contestaciones de los Moros, traducidas por Aníbal

Rinaldy.—Todo lo *referiré* á su tiempo; sigamos *describiendo* ahora.

O'Donnell, el hombre prosaico y frío, desconfiado de las imaginaciones calurosas, insensible á todo arte que no sea el de la guerra, y enemigo de las bellas frases, hallábase hoy tan poseído de la solemnidad del momento, que hablaba con elevación, con retórica, con cierto énfasis del mejor gusto; á lo General antiguo; como Napoleón en las Pirámides.—Obligado á valerse de intérprete, comprendió desde luego que sus discursos serían pálidos y desmayados si se reducía á explicar fríamente á Rinaldy lo que éste había de decir á los Marroquíes... ¡Era menester que su palabra estuviese animada por la actitud, por el ademán, por la mirada, por el gesto..., á fin de que expresase bien sus afectos é intenciones; y, para ello, decidió hablar directamente con los Moros, como si éstos entendiesen el español! Interpelóles, pues, con energía; peroró y declamó con elocuencia; ora los apostrofó, ora los halagó bondadosamente; y cada vez que terminaba un período, le decía al joven Aníbal:—*¡Explicales todo esto!*

Los Moros, con su viva imaginación, habían ya leído en el semblante y tono del General los sentimientos que lo animaban y el grado de verdad ó de astucia, de cálculo ó de pasión que envolvía cada frase. Las palabras del intérprete servían, pues, como de luz á una estatua que ellos habían ya palpado en las tinieblas...—Y de tal modo comprendieron la ventaja de aquel sistema de diálogo, que lo adoptaron en seguida, y se dirigían en árabe al general O'Donnell, á quien, ya Rinaldy, ya el General de la Caballería, daba luego la traducción literal de los discursos.

Pero lo más asombroso de todo era Aníbal, el políglota de quince años, quien, haciendo suya

sucesivamente la causa de España y de Marruecos, repetía con pasmosa exactitud, y con tanto calor y brío como los oradores originales, todas las frases, todos los tonos, todos los accidentes de sus peroraciones.—¡Ni Máiquez ni Talma hubieran podido ir más allá!—Sobre todo cuando hablaba en nombre del General español, cuyo interés le era más simpático, sus ojos, sus ademanes, su acento, el fuego de sus mejillas, todo su ser, daba color y vida al razonamiento; todo en él era persuasivo, elocuente, conmovedor...

Entretanto, yo, por más vueltas que daba, no conseguía ver al Príncipe, que se había sentado de espaldas á la puerta... Pero, dichosamente, hubo un momento en que el general O'Donnell se levantó para marcharse, y en que Muley-el-Abbas le detuvo; con cuyo motivo cambiaron todos de posición..., quedando el Duque de Tetuán sentado en otra silla, de espaldas á la entrada, y el Emir á la vista de todo el mundo.

Pasé, pues, entonces media hora contemplando á mi sabor al quinto de los trece hijos del difunto Abderramán, al cuarto hermano del actual emperador Sidi-Mahommed, al insigne vástago de aquellos famosos Jarifes, Jerifes ó Cherifs, descendientes del mismo Mahoma, que conquistaron hace trescientos cuarenta y tres años el Imperio de Marruecos.

Muley-el-Abbas (ó, mejor dicho, Muley-el-Abbés) es un hombre de mediana estatura, algo grueso, de noble ademán y majestuoso continente. Parece casi negro, porque, siendo ya muy moreno de suyo, lleva rodeado el semblante con abultada toca de extraordinaria blancura. Sus grandes ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. Su nariz, larga y recta, aunque muy poco prominente, tiene el corte europeo, mientras que su boca es africana pura, de abultados labios (sobre todo el inferior), y de una expre-

sión bondadosa y dignísima. Lleva toda la barba, la cual es negra y brillante, con dos claros bajo la boca, y levemente rizada, bien que más corta de lo que suelen tenerla los Arabes. En ella blanquea ya alguna que otra cana, no obstante que el Príncipe tendrá apenas treinta y cinco años.—El conjunto de su fisonomía tiene un carácter más religioso que guerrero.

Hoy vestía S. A. ropaje amarillo; encima, una especie de túnica de azul muy claro, y sobre ella, un magnífico albornoz, con capucha de suave merino blanco, cuyos dóciles pliegues delineaban la forma de la toca ó turbante, rodeando completamente la cara, marcaban todas las líneas del cuerpo, y flotaban, en fin, casi rodando por la tierra, no sin dejar ver unas ricas botas de taflete amarillo bordadas de seda, sin suela ni tacón. Ancha cinta de seda verde sujetaba sobre su cabeza la capucha del albornoz, indicando aquel color sagrado que por las venas del Emir circula la sangre de Mahoma. Llevaba liado á la muñeca derecha un rosario de ámbar; diminuto arete de oro en una oreja, y un anillo blanco, egipcio, en el dedo meñique de la siniestra mano. Frecuentemente se sacaba el rosario del brazo y aspiraba su rica fragancia.

En lo demás, Muley-el-Abbas estaba abatido, pero circunspecto; triste, pero respetable; vencido, pero no domado. Inspiraba, pues, compasión, pero no lástima.—Yo, por lo menos, sentía... hasta inclinación y afecto hacia aquel enemigo de mi bandera... Y tal vez sería que lo miraba con ojos de artista, y personifiqué en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien amamos todavía en el antiguo reino granadino los vigésimos nietos de los conquistadores ó conquistados de la Alhambra.

Conocidos los personajes, el sitio, la hora, las comitivas y todas las circunstancias exteriores

del grandioso acto que describo, tiempo es ya de que penetremos bajo la tienda, ó, por decir mejor, de que prestemos atento oído á lo que en ella se habla.

La conferencia principió por recíprocas declaraciones del buen deseo que animaba á ambas partes de llegar á una transacción que evitase nuevos sacrificios á los dos Pueblos contendientes.

Muley-el-Abbas se apresuró á declarar que había sido vencido en todos terrenos, y que su Ejército estaba desmoralizado y roto, mientras que el nuestro se hallaba en un estado brillantísimo, *que nadie en Marruecos hubiera podido imaginar.*

—¡Alá no quiere que venzamos (dijo por último); pero tampoco querría que abandonásemos nuestra causa!—Grandes males ocasionaría esta Guerra á una y otra Nación si nos empeñásemos en continuarla...—¡Cortémosla, pues, de raíz!

O'Donnell elogió entonces noblemente el valor y la prudencia del Príncipe, y manifestó con cuánto gusto se llegaba á él, no como vencedor, sino como amigo, dispuesto á hacer todas las concesiones compatibles con las bases de paz que le había marcado su Reina, y de las que no podría separarse ni un punto...

—Por lo demás (añadió), yo me alegro de que no se hayan ocultado á tu alta penetración los grandes recursos con que cuenta España, pues sólo así podremos llegar á una avenencia.

—Veamos en qué términos...—dijo el Ministro del Emperador.

—Ya debéis conocerlos... (respondió O'Donnell, entregando al intérprete un pliego en que estaban las *Condiciones de paz* traídas por Ustáriz de Madrid, y presentadas á los Moros el día 16). Pero pueden leerse otra vez...

El intérprete empezó á traducir al árabe aquel

documento, parándose al final de cada artículo.

—¡Bien!... ¡Buena!... (murmuraba entonces en español el *Jetib*). *El Sultán quiere... El Sultán admite...*

Muley-el-Abbas no decía ni una palabra, y escuchaba las famosas condiciones fijos los ojos en el suelo y acariciándose la barba con lentitud.

Cuando se leyó aquello de que *Tetuán pasaría á formar parte de la Monarquía española*, el Príncipe suspiró, como diciendo:—No vamos á conseguir nada.

El *Jetib* fué más lejos, y exclamó con extraordinaria energía:

—¡Eso no! ¡Antes que ceder á Tetuán, morirán todos los Marroquíes!

—¡Pues morirán!—replicó O'Donnell, herido por tan altanero tono.

Y se levantó con aire resuelto.

—Hemos concluído... —añadió, tendiendo la mano al Generalísimo de los Moros.

El Príncipe alargó la suya, no para estrechar la del Duque, sino para cogerle suavemente de la ropa y retenerle, ó hacerle volver la cabeza.

En seguida, con un gesto bondadoso y triste, murmuró, dirigiéndose á Rinaldy:

—Dile que se siente.

—¡Morirán! (repetía O'Donnell, dirigiéndose al viejo Ministro). Pero tú no morirás por eso, pues tú no te bates; ¡tú no sientes en esta Guerra sino la mala pasión que te han inspirado tus amigos y consejeros!...

Aludía á los Cónsules de Inglaterra en Tánger, Mogador, Rabat y otros puntos de Marruecos.

—¡Siéntate!—suplicó de nuevo Muley-el-Abbas.

O'Donnell se volvió á sentar.

—Tú lo deseas (añadió, dirigiéndose al Califá), y yo me entenderé gustoso contigo, porque tú sabes lo que es la Guerra, lo que son tus sol-

dados y lo que son los de España.—¡Ah! (exclamó, encarándose de nuevo con el *Jetib*). Si tú hubieras sufrido y peleado como este heroico Príncipe; si tú lo hubieras visto, como yo, abandonado de sus tropas, tener que ensangrentarse en ellas para impedir su completa deserción; si tú lo admiraras, como yo lo admiro, lo mismo que á todos sus Generales, que se han batido muchas veces en el lugar de los soldados, sin conseguir por eso ni una pasajera ventaja, serías tan prudente como él, y no comprometerías tu Nación en una nueva Campaña, que os será mucho más fatal que la primera...

—¿Y qué conseguiréis vosotros? (replicó el *Jetib*). ¿Tomar á Tánger?—¡Europa no lo consentiría!...

—¡Europa! (contestó O'Donnell). ¡Llamémosla así! Pero sea de la Europa ó sea de una determinada Potencia de la que tú hables, ten entendido que mañana no os prestará más ayuda que hasta hoy. ¡Los pueblos de Europa no pueden luchar entre sí tan fácilmente como tú crees, y un solo paso dado en contra de los designios de España, sería quizá el principio de una lucha en todo el Continente europeo!—Iré, pues, á Tánger, como he venido á Tetuán...

—De cualquier modo (repuso el Ministro), el Emperador no accederá nunca á quedarse sin la Plaza que demandáis.

—Hará mal, pues la Reina de España la desea; sus tropas la han ganado, y yo estoy resuelto á todo... Para ello cuento con el Ejército que conocéis y con grandes refuerzos que aguardo. El entusiasmo es cada vez mayor en España; sus hijos darán toda su hacienda y toda su sangre por someteros á la ley de la victoria, y yo no haré más que aumentar mi fama y la de mi bravo Ejército el día que lo lleve (como lo llevaré si os empeñáis) á Tánger, á Fez y hasta á Mequí-

nez.—¿Pues qué! ¿Juzgáis acaso que yo ignoro lo que sucede en vuestra casa? ¿Creéis que habré estado tres meses entre vosotros sin enterarme de la situación del Imperio, de los riesgos que lo amenazan, de los partidos que lo dividen, de los enemigos que cercan al Emperador? ¿Pensáis que no sé que en este momento apenas hay en el *Fondak* seis ú ocho mil soldados; que la toma de *Tetuán* ha hecho vacilar el Trono de Su Majestad Sheriffiana, y que el día en que mis banderas victoriosas ondeen sobre los muros de Tánger se hundirá con estrépito el poder del Sultán; se declarará la más espantosa anarquía en Marruecos; nos pedirán auxilio los partidos... (acaso nos lo han pedido ya); nosotros se lo daremos; pondremos en el Trono á ese *Solimán* que tanto se agita, ó á cualquiera otro Pretendiente, y obtendremos, en cambio, más de lo que os exigimos ahora?

—Tienes razón (contestó Muley-el-Abbas), y así comprendo yo este asunto. Pero el Emperador, mi hermano, lo ve desde lejos de otra manera... Dame una prórroga de algunos días, y yo le escribiré diciéndole todas esas cosas...

—¿No puedo prorrogar el plazo que cumple hoy! (replicó O'Donnell). Yo sería un mal General si te dejara ganar días en que reorganizar tu Ejército. Yo debo aprovecharme de las ventajas que me ha proporcionado la fortuna de la Guerra, y desde ahora mismo, si no suscribís á las condiciones de mi Reina, quedo en libertad de emprender las operaciones sobre Tánger.

—¿Dame siquiera dos días! (insistió el Príncipe). La contestación del Emperador al pliego que le remití la semana pasada tardará ese tiempo en llegar á mis manos. ¿Quién sabe si habrá reflexionado bien y accederá á vuestros deseos? ¿Dos días nada más te pido, y después..., sea lo que Dios disponga!

—¿Príncipe, no puedo! Tú, en mi caso, obrarías como yo.—Hace quince días te quedaban cuatro mil hombres, y hoy tienes ya ocho mil. Cada día que pasa, aumentan tus fuerzas.—Yo no deseo ni necesito tanto la paz, que comprometa por conseguirla la vida de uno solo de mis soldados... Pero si mañana, si cualquier otro día, tienes algo nuevo que decirme, yo recibiré tus parlamentos dondequiera que me halle, lo mismo en medio de una marcha que en mitad de la lucha... En el *Fondak*, en Tánger, dondequiera que vea venir una bandera blanca, suspenderé el fuego y escucharé á tus Embajadores.—Ahora...; adiós! Siempre consideraré una grande honra haber combatido y hablado con un General tan valiente y Príncipe tan ilustre como tú. Desde este momento volvemos á ser enemigos, pero no por eso disminuirá mi consideración á tu persona.

—Lo mismo te digo en todo... (respondió Muley-el-Abbas sumamente conmovido). ¿Dios lo quiere!...; Dios ilumine la razón del Emperador!—Yo no soy más que un ciego instrumento de ambos.

—No me separaré de ti (añadió el Duque de Tetuán) sin tener el gusto, dado que lo consientas, de presentarte á alguno de mis Generales...

—Mucho deseo conocerlos—respondió el Califá.

O'Donnell llamó entonces á los cinco Generales que lo acompañaban, y los fué presentando al Príncipe uno por uno.

Esta escena fué sumamente rápida y ceremoniosa.

Por último, diéronse la mano los dos Caudillos..., ¡y un nuevo abismo de sangre los separó desde aquel momento!

Quedáronse los Moros en la tienda. Nosotros montamos á caballo, y nos dirigimos á escape

adonde aguardaban el Cuartel General y la Escolta.

La vuelta á *Tetuán* fué muy animada.

—¿*Guerra?*—nos preguntaron los que de nada se habían enterado.

—¿*Guerra!*—les respondimos.

—Pues ¡*Guerra!*—exclamó todo el mundo.

Y aquellas esperanzas de paz concebidas el día de la toma del Campamento moro, y que nos habían halagado durante tres semanas, remonaron el vuelo y desaparecieron de nuestra vista, dejando en su lugar, en nuestro corazón, cierta renaciente y despechada furia, que acabó por ahogar las severas voces con que la razón nos gritaba que habíamos hecho una locura en provocar nuevos combates después de cumplido el objeto que nos sacó de España.

Pero, en fin, ya no hay que pensar en esto.—La Patria vuelve á llamarnos á la Guerra...—¿*Guerra*, pues!... ¡Soldados somos!... ¡Aquí están nuestras vidas!

XIII

Relámpagos de nuevas hostilidades.—Asesinatos.—Llegada de los *Tercios Vascongados*.—Bombardeo de *Larache* y *Arzilla*.

Tetuán. 20 de Febrero.

Cerca de una semana hace que no os escribo, y, al cabo de este tiempo, fecho todavía mis cartas en *Tetuán*, cuando acaso esperabais ya recibirlas del *Fondak*, de *Tánger*, de *Fez*, de *Mequinez* ó de *Tafílete*...

Pero, amigo, el hombre propone y Dios dispone. ¡Un pícaro *Levante* que se declaró al mismo tiempo que la nueva Guerra, como si fuesen

compañeros inseparables, ha impedido seis días el desembarco de víveres y municiones, así como ha retardado la llegada de los *Tercios Vascongados* y demás tropas que han de reforzar nuestro Ejército!—¡No hemos, pues, conquistado ninguna otra provincia del África!

Sin embargo, la última semana ha sido fecunda en acontecimientos.

No bien llegó á su tienda el General en Jefe, después de su entrevista con Muley-el-Abbas, habló largamente con el general Bustillo, Comandante general de la Escuadra, quien partió inmediatamente para el mar, con orden de pasar al Océano y bombardear los puertos que allí tiene el Imperio marroquí.

Entretanto, los Moros residentes en *Tetuán* se enteraban, como todo el mundo, del nuevo rompimiento de hostilidades, y corrían á encerrarse en sus casas, no ya con aquel aire melancólico que lo hicieron cuando tomamos la ciudad, sino con el rostro iluminado por la alegría, como si la esperanza renaciese en sus corazones y respirasen ya el olor á pólvora sarracena y á sangre cristiana...

Desde entonces ha principiado una serie de asesinatos, robos, pérdidas de soldados y emboscadas en los caminos, que fuera interminable enumerar.—Muley-el-Abbas ha mandado á decir á las kabilas que cercan esta Plaza, que considerará traidores (y autoriza á todo el mundo para que les corte la cabeza) á los Moros que se acerquen á *Tetuán* con víveres ú otro cualquier objeto de comercio ó de socorro; pues lo que se debe hacer es bloquearnos dentro de estas murallas, no permitírnos apartarnos de ellas, erizar de dificultades nuestra comunicación con la Aduana, y esperar un momento oportuno en que caer todos juntos sobre *Tetuán* y pasarnos á cuchillo.

Consecuencia de esta orden es que volvemos á vernos reducidos á los víveres que nos traen de España; que no podemos bajar á la Aduana después de las cuatro de la tarde sin sufrir las descargas que nos hacen invisibles enemigos desde la orilla derecha del *Guad-el-Jelú*; que los soldados que salen á lavar y se alejan un poco de la Plaza son hechos prisioneros ó alevosamente asesinados, y que de noche, dentro de la misma ciudad, se repiten estos horrores con los centinelas, con los soldados alojados en casas de Moros ó con los que meramente pasan por la calle, sin excluir á los Guardias civiles que van de ronda...

¡Y contra esto no hay defensa! Todavía no se ha podido coger ni á un solo agresor. Nunca se sabe de dónde viene el golpe; y el castigo se impone á ciegas, más bien con ánimo de prevenir nuevos delitos, que de vengar los ya perpetrados.

De cualquier manera, y como dato de lo que nos costará la conservación de *Tetuán* contra la voluntad de los Moros, bueno es que os fijéis en el hecho de que cuarenta mil soldados, establecidos dentro y fuera de la Plaza, no bastan á garantizar la vida ni la hacienda de nadie. ¡Tanta es la perfidia (¡ó tanto el patriotismo!) de los Musulmanes!... — ¡Qué sucederá, pues, cuando quede aquí una exigua guarnición, y salgan nuestros futuros colonos á cultivar esos hermosos campos, nuestros futuros pastores á llevar sus ganados por esas sierras, y nuestros futuros arrieros á trajinar por esos caminos?

¡Porque debemos confesar que la actitud de los Moros ante la invasión española es la misma que adoptamos nosotros con la invasión francesa!...— ¡Y todo el mundo sabe lo que sucedió entonces en la Península!...— ¡Medio millón de Franceses se tragó nuestra tierra en el espacio de seis años!...

A propósito de tropas: los Tercios Vascongados llegaron, al fin, anteayer 27.

Ya sabréis que los manda el general D. Carlos María Latorre.—Compónense de gente hermosa, alta y robusta, como lo es siempre esta raza privilegiada.—Del clásico traje de su país sólo han conservado la boina, la cual basta para darles no sé qué aire antiguo y romanesco que predispone el ánimo en su favor.—Por último, cada *Tercio* lleva el nombre y se compone de gente de cada una de las tres Provincias hermanas...

El General en Jefe los revistó ayer 28, y hallándolos, naturalmente, faltos de instrucción, ha mandado que, por ahora, guarnezcan la Aduana y hagan el ejercicio en la llanura de *Guad-el-Jelú*...

Conque pasemos á otra cosa.

Por consecuencia de la conversación que el 23, en la tarde, tuvieron el Duque de Tetuán y el general Bustillo, hoy hemos recibido la noticia del bombardeo de *Larache* y *Arzilla* por nuestros buques de guerra, verificado en los días 25 y 26 del actual.

Esta importante operación, que por sus especiales circunstancias tanto honra á nuestra Marina, debe quedar consignada en mi *DIARIO*, por si algún día sirve de libro de consulta para una *Historia de la Guerra de Africa*.—He hablado, pues, largamente con algunos marinos que han tomado parte en la refriega, y he aquí la relación de todo lo ocurrido.

Después de conferenciar con el general O'Donnell la repetida famosa tarde de la entrevista con Muley-el-Abbas, el general de Marina, don José María Bustillo, bajó á la mar, y al amanecer del día siguiente puso en la fragata capi-

tana (*Princesa de Asturias*) la señal de "dar á la vela".

En su consecuencia, tanto los buques que se hallaban fondeados en la bahía de Algeciras, como los que había en Puente Mayorga, estuvieron en movimiento al mediodía, es decir, á las pocas horas de haberse hecho la señal desde *Tetuán*.

En Algeciras se encontraban los buques siguientes: navío *Reina Isabel II*, vapor *Isabel II*, fragata *Cortés*, corbeta *Villa de Bilbao* y vapor *Colón*; y en Puente Mayorga: fragata *Blanca*, vapor *Vasco Núñez de Balboa*, vapor *Vulcano*, goleta *Ceres*, goleta *Edetana* y goleta *Buenaventura*.

Según estaba prevenido de antemano, y previas las señales de banderas con que se ordenan los movimientos de los buques, todos levaron anclas, pasando inmediatamente los vapores *Isabel II*, *Colón* y *Vasco Núñez* á tomar á remolque, respectivamente, al navío *Reina*, á la fragata *Cortés* y á la corbeta *Villa de Bilbao*, que, en su calidad de barcos puramente de vela, no podían por sí solos seguir la marcha y movimientos de los de vapor.

Esta escuadra tan *heterogénea*, compuesta de embarcaciones de todas clases (de hélice y de ruedas, navíos, fragatas y goletas), hizo rumbo al Oeste, á las tres de la tarde, con viento en popa; pasó al Estrecho con mar bonanza (sigo el lenguaje técnico del parte oficial); á la una de la noche se hallaba sobre el Cabo Espartel, y á las ocho de la mañana (día 25) avistó la población de *Larache*, á cuyo fondeadero se dirigió.

Larache es la segunda plaza fuerte que el Imperio marroquí tiene en el Océano. Hállase situada en anfiteatro sobre la misma costa, en la orilla izquierda de un pequeño río que le sirve de puerto, bien que sólo para buques de escaso

calado, por el poco fondo que hay en su barra, y está amurallada y defendida por siete baterías con unos sesenta cañones de grueso calibre.

Una de estas baterías se halla sobre una colina, á la izquierda de la población, y las demás distribuídas en la costa por el frente de ella, cubiertas con tierra y matorrales; de suerte que nuestros marinos no las vieron hasta que principiaron á romper el fuego.

A las diez de la mañana empezaron á jugar las banderas de señales en la fragata *Princesa*, concluyendo con la de *zafarrancho de combate*. Al distinguirse ésta, los tambores y cornetas de todos los buques tocaron generala, y cada uno corrió á ocupar su puesto.

A las once y media los buques empezaron á encontrarse dentro de tiro de cañón. La Plaza rompió entonces el fuego con todas sus baterías, continuando aquéllos en silencio hasta después de fondeados y acoderados.

Un cielo despejado y un Sol radiante contribuían á engrandecer el magnífico espectáculo que ofrecía nuestra Escuadra, alineada al frente de las costas berberiscas y presentando sus costados á los invisibles cañones enemigos.

Al fin se adelantó la *Princesa*, tomando posición en las ocho brazas; y, tan luego como estuvo acoderada, rompió el fuego contra las dos baterías del Oeste de la población, y hasta las doce estuvo batiéndolas sola.

En todo este tiempo había ido entrando mucha mar de leva, que aumentaba progresivamente.

Al mediodía tomaron sus puestos el *Isabel II* y el *Reina*, verificándolo poco después la *Blanca*, la *Cortés* y la *Bilbao*, con sus remolcadores y los buques sueltos, rompiendo todos el fuego según iban ocupando sus posiciones.

El espacio reducido en que se movían, la mar gruesa de través, y lo largo de los remolcadores,

hacían sumamente difícil la operación de acoderarse los buques; pero sus comandantes maniobraban con acierto, ocupando sus puestos denodadamente bajo el fuego de las baterías enemigas y á distancia de unos cuatro cables de ellas, hasta que lograron acallarlas.

Aunque flojo, se llamó el viento al Sudoeste á las doce y cuarto, y, por el cariz y por la opinión de los prácticos, comprendió el general Bustillo la urgente necesidad de ponerse al abrigo del temporal que podía sobrevenir, y en el cual los buques remolcados, sobre todo, se verían en extremo comprometidos con el viento de travesía. Sin embargo, duró el combate hasta la una y veinte, en que, aumentando la mar por momentos, y siendo, por tanto, más frecuentes y terribles los balances, hizo el General la señal de levar anclas y dar la vela.

Aquí debemos consignar un hecho en extremo notable.—Dada la orden de levar anclas, lo hicieron al mismo tiempo el vapor *Isabel II* y el navío del mismo nombre, que aquél remolcaba; pero faltaron los remolques ó cuerdas que los unían (rotos sin duda por alguna bala enemiga), y el navío, dando la popa á tierra, se fué sobre la *Blanca*, que continuaba en su línea de combate.

—*¡Que se nos echa encima!*—gritó el equipaje de ésta, viendo la inminencia del peligro.

—*¡Dejadlo venir!*—contestó D. Tomás Alvear, comandante de la *Blanca*.—*¡ Aunque nos destroce el costado, se librará de varar en la playa y del fuego de los Moros!*...

Y respondiendo bizarramente con sus baterías al fuego que empezó á hacer la Plaza (animada por la retirada que estaban ejecutando todos los demás buques), se mantuvo firme, sosteniendo el combate por largo rato, en tanto que el navío pasó casi rozándole por la proa, desrizando sus

velas poco á poco, hasta que ya pudo maniobrar y salirse fuera de tiro...

Entonces la *Blanca*, cumplida ya su generosa misión, levó un ancla; picó la otra en el acto, y, con un movimiento recto y preciso, se deslizó sin embarazar la lenta marcha del perezoso navío, uniéndose los dos, á poco, al resto de la Escuadra, que gobernó al Noroeste.

Al amanecer del siguiente día (26) se halló la Escuadra sobre el Cabo Espartel, é hizo rumbo al Sur, con objeto de batir los fuertes de la población de *Arzilla*, cuya operación se verificó por contramarcha, formando una sola línea las dos columnas, y dejando para flanquear las tres goletas de hélice y el vapor *Vulcano*.

Arzilla, tristemente famosa por haber desembarcado en ella la expedición del rey D. Sebastián, se halla asentada también, como Larache, en forma de anfiteatro sobre la costa y rodeada de pequeñas colinas. Sus fortificaciones se reducen á cuatro baterías con veinte cañones, sobre una muralla que la defiende del mar.

Toda la población se hallaba en las azoteas de sus blancas casas al darse á la vista las primeras velas españolas.—Aquellas pobres gentes sabían, sin duda, lo ocurrido en *Larache* el día anterior.

Al sonar los primeros disparos huyeron desparoridas á las colinas más remotas, desde donde contemplaron tristemente la demolición de unas casas, el incendio de otras, y las anchas brechas que nuestros proyectiles abrían en las murallas de la ciudad.

A las doce del día se formó la línea de combate, quedando á barlovento los cuatro buques menores flanqueadores.

A las doce y cincuenta y cinco se oyeron los primeros disparos del enemigo, y á la una y dos

rompió el fuego la *Princesa*, siguiéndole la *Blanca*, el *Isabel II* con el navío *Reina*, el *Colón* con la *Cortés*, y el *Vasco Núñez* con la *Villa de Bilbao*, colocándose al Norte los flanqueadores, que hicieron durante dos horas y media un vivo fuego de granada.

Repetido dos veces más este movimiento por todos los buques, cesó el fuego á las tres y cinco, después de haber causado mucho daño á la población.

A una legua de *Arzilla*, el General llamó á bordo á los comandantes, á fin de coordinar el ataque de *Salé* y *Rabat*, dándoles las instrucciones convenientes para maniobrar en caso de cambio de tiempo, y enviando á las cinco de la tarde á Cádiz la *Buenaventura*, para que llevara noticias y remediasse las averías de sus colisas, así como el *Vulcano*, que tenía partidos el bauprés y el mastelero de velacho.

Al anoecer estaba el viento al Nordeste flojo, con mar del Noroeste; sin embargo, la Escuadra siguió su rumbo al Sur, aunque convencido el general Bustillo de que, por poca que fuese la mar en el paralelo de Espartel, debía ser muy grande en *Rabat*.

A eso de las nueve aumentó extraordinariamente la mar de leva, y saltó el viento al Noroeste fresquito... — Era cosa de volverse. Con todo, aun no quería el General desistir de la expedición á *Rabat*. Pero viendo que, á eso de las once, continuaba la mar siempre tendida y el viento de afuera, y temiéndose que llegara el caso de que los remolcadores no pudieran sacar á barlovento á los remolcados, hizo señal de rumbo al Norte, y se dirigió á Algeciras, donde fondeó con todos los buques á las seis de la tarde siguiente.

Nuestras pérdidas en esta expedición consistieron en un muerto, ocho heridos y tres con-

tusos. Las del enemigo se ven ya pintadas con dolorosas cifras en el rostro de los habitantes de *Tetuán*, quienes esta tarde se decían lúgubres palabras en el Café, alzando los ojos al cielo, como demandándole venganza... — Mr. Chevarrier, que, según sabéis, entiende el árabe, me dijo que se contaba lo ocurrido en *Arzilla* y *Larache*, lamentando la muerte de muchos amigos y el incendio de bastantes casas.

Para los inteligentes, lo notable de estos bombardeos consiste en haberse llevado á feliz término en medio de un verdadero temporal, sobre una de las más peligrosas costas del Océano... — Pero ¿qué remedio? ¡El general Bustillo había prometido al general O'Donnell que España se anticiparía á Marruecos en inaugurar el segundo período de la Guerra, y lo ha cumplido aun á riesgo de perecer con toda la Escuadra!

Es decir, que tres días después de romperse las negociaciones de paz bajo la tienda de Muley-el-Abbas, dos nuevas ciudades del Imperio han sufrido el rigor de las armas españolas...

¿Querían Guerra? Pues ¡Guerra!

XIV

La kabila de *Busemeler*.—EL ECO DE TETUÁN.

Día 1.º de Marzo.

Hace dos días que estamos en lucha con un pueblecillo de la inmediata Sierra, llamado *Busemeler*, de donde son en su mayor parte los Moros que, ocultos en los cañaverales y en la maleza, asesinan á mansalva á los soldados que bajan á lavar al río.

La posición de este pueblo no puede ser más pintoresca ni más formidable. Colgado, por de-

cirlo así, en la áspera ladera de una montaña muy próxima, divisase desde todo *Tetuán* como un nido de golondrinas adherido á gigantesca torre, en tanto que su vecindad á los inaccesibles picos de la Sierra de Samsa proporciona á sus moradores un impenetrable refugio.

Animada, pues, por la seguridad de no ser nunca habida ni castigada, la kabila de *Busemeler*, que se nos había sometido espontáneamente pocos días después de nuestra entrada en *Tetuán*, nos hostiliza de mil maneras desde que se interrumpieron las negociaciones de paz, habiendo llegado el caso de matarnos tres soldados sólo en un día, como aconteció el 27 por la tarde.

En su consecuencia, el 28 por la mañana se dirigió un Batallón á dicho pueblo, á fin de intimidar á los fieros montañeses que, si continuaban en sus tropelías, se pondría fuego á sus casas y serían tratados con todo rigor cuantos Moros fuesen habidos pertenecientes á su kabila.

Pero los de *Busemeler* no se dejaron hacer la intimidación, sino que, despreciando la imponente fuerza que se dirigía á sus aduares, la recibieron á tiros, y batiéronse durante más de una hora en lenta retirada por las empinadas cumbres, en las cuales se sentaron tranquilamente y se pusieron á fumar.

Intimóseles por medio de un prisionero que se rindiesen, ó que, de lo contrario, perderían sus viviendas, á lo que contestaron con salvajes aullidos y carcajadas y dispararon de nuevo algunos tiros; visto lo cual por nuestra gente, puso fuego á cuarenta casas de las más grandes del pueblo, y mandó á decir á los Moros que, si repetían sus atentados en el río, volverían nuestros soldados con hachas y no dejarían de pie ni un solo frutal en todo *Busemeler*.

Pues ¿lo creeréis?—Los feroces montañeses,

lejos de escarmentar, nos mataron ayer un soldado y secuestraron otro, y esta mañana han bajado en gran número é intentado robarnos algunas vacas de la Administración Militar.

En vista de esto, salió inmediatamente para la Sierra un Batallón, provisto de trescientas hachas, con ánimo de arrasar todo lo que encontrase á su paso; pero algún tetuaní, sin duda, les avisó, y los vecinos de *Busemeler* han salido al encuentro de nuestra gente, llorosos y arrepentidos, pidiendo piedad para sus queridos árboles... ¡Ellos, que no la pidieron el día anterior para sus casas ni para sus hijos!

Creo inútil decir que los árboles fueron perdonados.

En cuanto al Jefe de la kabila, se me asegura, por persona que presencié la escena, que prometió volver á someterse al general O'Donnell de una manera oficial, á cuyo fin dijo que bajaría mañana á visitarlo con algunos de sus compañeros.

Supongo que esta paz durará veinticuatro horas.

.....
Vamos á otro asunto.

Hoy (1.º de Marzo de 1860) es un día muy solemne para el Imperio de Marruecos, por más que los Marroquíes no tengan noticia alguna de semejante solemnidad.

Hoy ha empezado á funcionar en esta tierra la bienhechora máquina de Gutenberg...—Hoy ha aparecido aquí el primer número de un periódico titulado EL ECO DE TETUÁN.

Cabe, pues, á España la gloria de haber sido la primera que ha traído á Marruecos, siquier en tímido y pasajero ensayo, otro de los mayores inventos de la civilización.—Mañana, acaso, se habrán borrado sus huellas; pero el hecho moral subsistirá eternamente.

No me he propuesto yo otra cosa al fundar dicho periódico.—Quiero que en futuros tiempos, cuando este país despierte de su mortal letargo; cuando éntre en la comunión de los pueblos; cuando aprecie y ame ya todo lo que hoy aborrece ó desconoce; cuando sea, en fin, una nación culta, civilizada, cristiana, amiga de la Humanidad, se diga por la raza que lo habite que en el año de 1860 pasó por aquí un Ejército de Españoles, y que este Ejército, no sólo tendió los hilos eléctricos y las vías férreas sobre las llanuras de *Guad-el-Jelú*, y surcó las olas de este río con barcos de vapor, sino que imprimió un periódico dentro de los muros de *Tetuán*.

Por lo demás, y á fin de que duren siquiera tanto como haya de durar este libro, creo que estoy en el deber de insertar aquí, por vía de muestra, los dos primeros artículos del primer número de *EL ECO DE TETUÁN*.

Dicen así:

“INTRODUCCIÓN

”No lo ocultaremos. Al coger hoy la pluma para redactar las primeras líneas de este humilde periódico, la más dulce emoción embarga nuestro ánimo, y un inefable sentimiento de orgullo y de alegría nos hace derramar lágrimas de entusiasmo y regocijo.

”¡Sea; sea en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano; sea bajo la bandera triunfante de Jesucristo, como nazca á la luz pública el primer periódico del Imperio de Marruecos, y recójese en su tumba el inmortal Gutenberg al ver volar por estos horizontes la palabra impresa, pálida estrella hoy, como nacida de nuestro pobre entendimiento, pero que algún día llegará á ser claro sol de verdad, que esparza resplandores de

amor y de justicia en la tenebrosa mente de los Africanos!

”Mas no somos nosotros agentes ciegos y fatales del espíritu sublime que hoy anima á nuestra madre Patria; no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que realiza la civilización de Europa al plantar su cátedra (la Imprenta) sobre el territorio que ayer era marroquí; ¡es España entera la que debe ceñir á su frente tan inmarcesible lauro; España, que en brevísimos días ha hecho pasar el Estrecho de Gibraltar, en medio de sus legiones armadas, y avanzar de campamento en campamento, siempre en pos de la victoria, las grandes maravillas del siglo XIX, los más opimos frutos del progreso, las obras más portentosas de la libertad (el Telégrafo eléctrico, el Vapor y el Ferrocarril), y que hoy establece la Imprenta sobre los viejos manuscritos de las bibliotecas de Tetuán; España, que entre lagos de sangre, nubes de pólvora inflamada, montones de cadáveres apilados por la peste, y tormentas y naufragios horrorosos, ha dado al pueblo marroquí ejemplos de caridad y de hidalguía, de generosidad y largueza, de tolerancia á todos los ritos y religiones, de respeto á la propiedad y á las costumbres, de piedad con el vencido, de amor al desgraciado, de admiración al heroísmo sin fortuna, y que, aprovechando los cortos intervalos en que calla la voz de los cañones, levanta la voz persuasiva de la prensa, y, pasando la espada de la una á la otra mano, esgrime las armas de la razón bajo la bandera de parlamento que tremolan los derrotados Islamitas!

”Por lo demás, bien puede morir ó suspenderse mañana este periódico, cuando el clarín de guerra vuelva á resonar llamándonos á nuevas lides; también puede ser que un segundo número se publique lejos de Tetuán, bajo una tienda de

lona, en el aduar de un pastor morisco ó en otras ciudades de Marruecos; pero, de cualquier modo, el hecho quedará consignado: nuestro propósito servirá de guía á los que nos sucedan; la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas; y poetas, publicistas, sabios, filósofos, pueden honrar á Tetuán en tiempos más ó menos remotos, que nos den con sus recuerdos y con su estimación el único premio á que aspiramos al ofrecer al público este pobre testimonio de nuestro amor á España.—PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.”

.....

“ADMINISTRACIÓN LOCAL

”Hace poco más de tres semanas (desde el inolvidable 6 de Febrero) que la ciudad de Tetuán forma parte de la Monarquía española, y causa ya asombro considerar los trabajos concluidos para atender á sus más urgentes necesidades.

”Vamos á relatarlos sumariamente, y nuestros lectores podrán juzgar por sí mismos de la provechosa eficacia de nuestra dominación en este país.

”Una vez tomada posesión de la ciudad, el General en Jefe confió el mando de la misma al general D. Diego de los Ríos, quien la ocupó con ocho Batallones, hospedándose en ella, y nombrando un Gobernador, un Mayor y tres Ayudantes de plaza.

”Mandóse una Compañía á cada puerta, y otra á los fortines y polvorines, en tanto que se nombraba un Batallón de ronda, y se estableció el Principal en la Plaza Mayor, que se denominó *de España*, y casa de los antiguos Gobernadores.

”Procediéndose luego á la organización civil, nombróse Alcalde de los Moros á El-Hach-Ben-Amét, y Alcalde de los Hebreos á Leví Cases, así como un Concejo municipal de seis Hebreos

y seis Moros, á los que se repartieron distintas atribuciones.

”Enterráronse setenta cadáveres que había en las calles y casas, de resultas del motín que precedió á la entrada de los Españoles; y atendido á que los Judíos pedían pan, señalóse á cada uno de los indigentes una peseta diaria, quedando á su cargo limpiar la población, para lo que se les facilitaron camellos, carros y acémilas.

”Al mismo tiempo el Estado Mayor trazaba desde la Alcazaba el plano de la ciudad, dividiéndola en cuatro cantones ó distritos militares; púsose nombre á las calles, puertas y castillos, dando á los fuertes los nombres de la Familia Real, á las calles los de los Batallones y hechos de armas de esta Campaña, y denominando á las puertas, de Tánger, el Cid, la Victoria, la Reina, los Reyes Católicos y Alfonso XII.

”Organizóse Policía política y de seguridad, la que procedió en seguida á formar un padrón por barrios, designando las casas vacías y las ocupadas, numerándolas todas, y expresando el número de sus habitantes, con sus nombres y los datos posibles acerca de los ausentes.

”El alumbrado público corrió primero por cuenta del Ejército; después se mandó á cada diez vecinos que costeasen un farol hasta las diez de la noche, esperándose hoy una gran remesa de faroles antiguos de nuestras ciudades de España, que envía el Ministro de la Gobernación.

”Se han publicado bandos para el respeto de la propiedad; se han nombrado *serenos* moros con patrullas de soldados nuestros; puesto guardias en las casas abandonadas y en las mezquitas; recogido las armas á la población marroquí; invitado á los Moros de las cercanías á que traigan al mercado comestibles, garantizándoles

la seguridad y el provecho, y llamado por edictos á los que habían abandonado sus casas y demás propiedades, conminándoles con que, de no hacerlo en un plazo que se ha prorrogado dos veces, el Estado se incautará de todo.

"Al mismo tiempo se establecían hospitales para Cristianos, Moros y Judíos; se situaba el mercado en la calle de la Albüera, cerca de una puerta de la ciudad, á fin de que pudiesen acudir cómodamente á comprar los soldados de todos los Campamentos; abríanse fondas y cafés; componíanse los caños de desagüe; trasladábase el Matadero á un lugar higiénico; dábese alojamiento á las tropas en la Judería y barrios de los Moros; nombrábanse varias Juntas, compuestas de las tres razas susodichas: una para nivelar el valor de las monedas, la cual expuso al público un cuadro comparativo en tres idiomas, y con muestras de toda clase de monedas españolas y moriscas; otra para hacer una tarifa de comestibles, á fin de evitar abusos; otra para investigar los bienes religiosos de eremitas y patronatos, y otra para estudiar el sistema arancelario de los Moros en los voluminosos libros que se encontraron en la Aduana. Buscóse la Oficina de Hipotecas, á fin de saber á qué atenerse en punto á las propiedades, y se halló que en este país no existía, pues las traslaciones de dominio se verificaban en una forma judicial.

"Por último, se designó para templo cristiano una mezquita situada en la plaza; hicieronse en ella algunas obras, y se bendijo y abrió al público el domingo 11 de Febrero, celebrándose una solemne Misa con *Tedéum* y sermón por el Padre Sabatel, con asistencia de todos los Capellanes del Ejército, á cuyo templo se dió el nombre de *Nuestra Señora de las Victorias*.

"Tales han sido los trabajos hechos hasta ahora para el mejoramiento de la ciudad. Hoy

se piensa en la construcción de cuarteles, fortificaciones, baños medicinales y de placer y otras empresas importantísimas.

"Cuanto se diga en elogio del general Ríos y del coronel Artaza será siempre poco, en comparación de la actividad é inteligencia que han desplegado en el desempeño de sus difíciles y apremiantes cometidos."

XV

La campana y el Judío.—El poeta *Chorby*.
El amor de una Mora.

Día 4 de Marzo.

Como últimos cuadros de nuestra vida en *Tetuán*, voy á contaros mis aventuras de hoy, lo cual os proporcionará la ventaja de conocer á tres insignes personajes, con quienes estoy en la mejor inteligencia hace algunos días, y que son, como quien no dice nada, los dos Moros más notables y la Mora más hermosa que viven actualmente dentro de estos muros.

Pero empecemos por el principio.

Esta mañana, á cosa de las seis, turbó mi sueño una *diana* de nuevo estilo, que resonaba sobre mi cabeza, y que no era ya el canto de las golondrinas que habitan en mi mismo cuarto, ni menos el cotidiano estrépito matutino de cornetas y tambores... Era otra clase de *diana*, que resucitaba en mi corazón ecos dulcísimos; que, dormido y todo como me encontraba, producía en mi ánimo un inefable bienestar; que me halagaba como la fresca brisa al peregrino que duerme la siesta bajo una palma del Desierto; que me hizo despertar, en fin, lleno de aquel gozo que experimenté en *Ceuta* la primera mañana